

El conejo y los huevos de pascua

Hace muchos siglos que la tradición del conejo y los huevos de pascua están presentes, de múltiples colores, con grandes sorpresas pero sobre todo llenos de una simbología religiosa que en la actualidad es necesario conocer.

Más allá de la superficialidad en la decoración y la ternura que brotan del conejo de pascua se encuentra todo un recorrido histórico, y una gran fiesta para todos los católicos del mundo: la Resurrección de Jesús. La presencia del conejo de pascua y los huevos son una forma de festejar el primer día de la Pascua del Señor.

El origen de la tradición

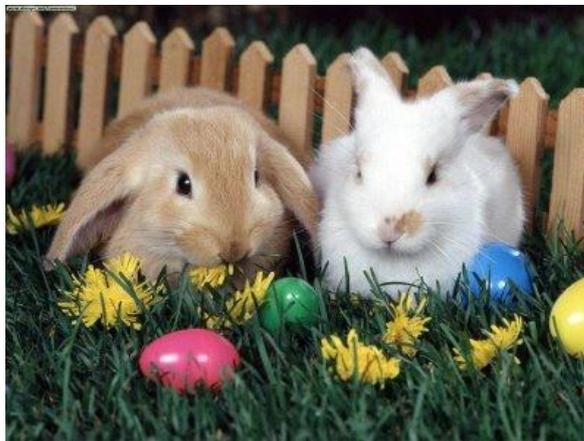
El origen de esta costumbre viene de los antiguos egipcios, quienes acostumbraban regalarse en ocasiones especiales,

huevos decorados por ellos mismos. Los decoraban con pinturas que sacaban de las plantas y el mejor regalo era el huevo que estuviera mejor pintado. Ellos los ponían como adornos en sus casas.

Entre los primeros cristianos tenían como sacrificio no comer huevo durante los cuarenta días de la cuaresma, al llegar la pascua, todos salían de sus casas a regalar huevos para festejar la pascua y la resurrección. Uno de estos primeros cristianos, se acordó un día de Pascua, de lo que hacían los egipcios y se le ocurrió pintar los huevos que iba a regalar. A los demás cristianos les encantó la idea y la imitaron.

El papel del conejo de pascua

Su origen se remonta a las fiestas anglosajonas pre-cristianas, cuando el conejo era el símbolo de la fertilidad asociado a la diosa Eastre, a quien se le dedicaba el mes de abril. Progresivamente, se fue incluyendo esta imagen a la Semana Santa y, a partir del siglo XIX, se empezaron a fabricar los muñecos de chocolate y azúcar en Alemania, esto dio origen también a una curiosa leyenda que cuenta que, cuando metieron a Jesús al sepulcro que les había dado José de Arimatea, dentro de la cueva había un conejo escondido, que muy asustado veía cómo toda la gente entraba, lloraba y estaba triste porque Jesús había muerto.



El conejo se quedó ahí viendo el cuerpo de Jesús cuando pusieron la piedra que cerraba la entrada y lo veía y lo veía preguntándose quien sería ese Señor a quien querían tanto todas las personas.

Así pasó mucho rato, viéndolo; pasó todo un día y toda una noche, cuando de pronto, el conejo vio algo sorprendente: Jesús se levantó y dobló las sábanas con las que lo habían envuelto. Un ángel quitó la piedra que tapaba la entrada y Jesús salió de la cueva ¡más vivo que nunca!

El conejo comprendió que Jesús era el Hijo de Dios y decidió que tenía que avisar al mundo y a todas las personas que lloraban, que ya no tenían que estar tristes porque Jesús había resucitado.

Como los conejos no pueden hablar, se le ocurrió que si les llevaba un huevo pintado, ellos entenderían el mensaje de vida y alegría y así lo hizo. Desde entonces, cuenta la leyenda, el conejo sale cada Domingo de Pascua a dejar huevos de colores en todas las casas para recordarle al mundo que Jesús resucitó y hay que vivir alegres.

Es por ello que esta pascua debe estar llena de alegría en el Señor resucitado y cómo buenos conejos todo laico debe salir a anunciar la nueva buena, tal vez con un huevo de pascua que ilumine la vida de un ser humano que sabe que Jesús está vivo.

Por: María Velázquez Dorantes \ mvdorantes@yahoo.com.mx